

EL ZAPATITO ROTO DE GARCIA MARQUEZ

por Dra. Eugenia Neves

CIEN AÑOS DE SOLEDAD narra la historia de Macondo concebida como un proceso económico-social en el que se desarrolla la historia de la familia Buendía. Ambas historias constituyen la estructura de este mundo, la que permite a su vez el surgimiento de otra línea de desarrollo que se crea en su interior y que la refleja: la historia de los manuscritos de Melquíades. En otras palabras, podríamos resumir así las relaciones que conforman el mundo narrativo de esta novela: el hombre crea la sociedad. Pero luego, esta sociedad determina al hombre. Y dentro de esta relación surge la posibilidad de reflejarla en un proceso de creación artística, en este caso, en los manuscritos de Melquíades.

El mundo narrativo de *Cien Años de Soledad* se conforma por la relación que se establece entre los tres procesos:

- a) la historia de Macondo;
- b) la historia de la familia Buendía, y
- c) la historia de los manuscritos de Melquíades.

Estos tres procesos, perfectamente entrelazados entre sí, constituyen una síntesis de relaciones y funciones diversas. La relación resultante del proceso de la historia de Macondo y de la historia de la familia Buendía constituyen la base de la estructura del mundo narrativo y de ella, pero a su vez, dentro de ella, surge la historia constituida por los manuscritos de Melquíades.

La estructura de *Cien Años de Soledad* tiene, entonces, por una parte, la densidad que resulta de la relación de estos tres procesos entrelazados entre sí. Todos ellos inician un desarrollo que les es propio, a la vez que va estableciendo nexos con los otros procesos. Sin embargo, la plasmación del mundo narrativo va concediendo

una valoración distinta a estos nexos y a estas relaciones, conforme a la función que dentro de ella desempeñan. De este modo, los procesos que conforman la base de la estructura determinan a la línea de desarrollo de la historia de los manuscritos de Melquíades, y los procesos que conforman la estructura misma, se determinan recíprocamente. Mientras la historia de Macondo se desarrolla como un proceso económico-social, determinado por una situación externa que va más allá de los límites de Macondo y por una situación interna que surge de las condiciones específicas en las que se encuentra Macondo, la historia de la familia Buendía refleja la contradicción que se crea como producto del proceso de la historia de Macondo unido aquí al proceso genealógico, al desarrollo generacional, a las características específicas individuales —tanto psicológicas como biológicas— y a su manera de concebir la realidad y las relaciones humanas. Es por esto, por ejemplo, que en numerosas situaciones, los personajes de la familia Buendía dan interpretaciones subjetivas de los hechos que les toca vivir, sin alcanzar una comprensión de la relación que éstos tienen con el proceso de la historia de Macondo. El coronel Buendía habla de casualidades que se han producido en su vida; Ursula habla de una repetición circular de la historia de su familia, y Melquíades concibe una explicación mítica del proceso genealógico de la familia Buendía siguiendo una línea de desarrollo que desembocará en el nacimiento de un Buendía portador de la cola de cerdo. Es pues, la perspectiva del narrador la que por encima de todas estas apreciaciones subjetivas de los personajes de la novela, entrega la relación adecuada del mundo narrativo dando un reflejo objetivo de la realidad en una adecuada proporcionalidad de la valoración de los hechos y de sus relaciones.

LA HISTORIA DE MACONDO

Este proceso desarrolla cuatro etapas estructurales. *Primera etapa:* a) la fundación de Macondo, y b) la expansión interna de Macondo. *Segunda etapa:* la guerra civil. *Tercera etapa:* a) la intervención extranjera, y b) la decadencia de Macondo. *Cuarta etapa:* devastación de Macondo.

Cada una de estas etapas constituye, a su vez, un proceso en sí, que va creando las bases de la etapa que la sigue. De modo que no se puede pensar en una adición meramente progresiva de estas cuatro etapas, sino en un desarrollo dialéctico en el que los hechos no son elementos aislados, sino que están en relación con otros y están desempeñando diversas funciones en el interior de diversos procesos simultáneamente.

HISTORIA DE LA FAMILIA BUENDIA

Esta línea estructural se basa, en primer término, en el desarrollo generacional de los Buendía. Son cinco generaciones que surgen de la pareja inicial formada por José Arcadio Buendía y Ursula Iguarán.

De los tres hijos que nacen de la unión de José Arcadio Buendía y Ursula, sólo uno mantiene la línea de descendencia que se continúa hasta la quinta generación. Amaranta no tiene hijos y Aureliano tiene hijos que no dejan descendencia. Es José Arcadio el que permite una línea de descendencia. De sus amores con Pilar Ternera nace otro José Arcadio. De los amores de Arcadio con Santa Sofía de la Piedad nacen tres hijos: Remedios, la bella, y un par de gemelos, José Arcadio Segundo y Aureliano Segundo. Estos son idénticos en su infancia y juegan a cambiarse los nombres. Por los antecedentes que entrega la novela (cambio de nombres cuando eran pequeños, características de la personalidad y cambio final en la tumba) se pueden concluir que quien se llama José Arcadio Segundo es Aureliano Segundo, y quien es Aureliano Segundo es realmente José Arcadio Segundo. De este modo, la línea de descendencia continúa inalterable y sigue recayendo en los José Arcadio el perpetuar la estirpe. Remedios, la bella, no tiene hijos; el presunto José Arcadio, que en realidad debería llamarse Aureliano Segundo, tampoco los tiene; y el que lleva el nombre de Aureliano Segundo —en realidad José Arcadio Segundo— es el único que tiene hijos. Es él quien se casa con Fernanda y de este matrimonio nacen nuevamente tres hijos: José Arcadio, Meme y Amaranta Ursula. Esta vez, José Arcadio no tiene hijos. Meme tiene un hijo llamado Aureliano

Babilonia. Y Amaranta Ursula tiene un hijo que nace, finalmente, con una cola de cerdo.

Según este esquema, el descendiente con cola de cerdo aparece cuando se produce una ruptura dentro del orden anteriormente establecido. Hasta la tercera generación fueron siempre los José Arcadio los que continuaron la descendencia y ninguna mujer tuvo hijos. En la cuarta generación, José Arcadio no tiene hijos y son las mujeres las que por primera vez continúan la descendencia.

De este modo, se nos aparece como algo evidente que se ha trabajado la descendencia de la pareja inicial de los Buendía conforme a una línea generacional, en la que las mujeres son portadoras de un elemento hereditario, posiblemente recesivo, que sería el que da origen a la cola de cerdo. Es por eso que Aureliano Babilonia lo hereda, de su madre, Meme, y al engendrar un hijo con Amaranta Ursula —que también es portadora de este elemento recesivo— hace que el elemento recesivo pase a ser dominante y nace así el hijo con cola de cerdo.

Es, por lo tanto, en la cuarta, quinta y una sexta generación cuando se produce el desequilibrio del orden en que se ha desarrollado este proceso generacional. Amaranta Ursula, que pertenece a la cuarta generación, tiene un hijo con Aureliano Babilonia, que pertenece a la quinta generación. De modo que el hijo que nace de ambos no tiene una ubicación precisa, sino más bien intermedia, entre la quinta y la sexta generación.

Cada una de estas generaciones tiene una relación directa con las etapas del proceso de la historia de Macondo. A la primera etapa, corresponde la pareja inicial formada por José Arcadio Buendía y Ursula Iguarán. A la segunda etapa, corresponde la primera y segunda generación de la familia Buendía. A la tercera etapa, corresponde la tercera y cuarta generación; y a la cuarta etapa, la quinta y la última generación intermedia.

En cada etapa del proceso de la historia de Macondo, uno de los personajes de la familia Buendía pasa a ser protagonista y, como tal, expresa la síntesis misma de esta etapa, de sus características, unida a las características específicas de su propia personalidad. Son, pues, personajes protagónicos José Arcadio Buendía y luego

Ursula Iguarán de la primera etapa. Aureliano, de la segunda etapa. Aureliano Segundo y luego Fernanda del Carpio, de la tercera etapa; y Aureliano Babilonia, de la cuarta etapa.

Del mismo modo como se van estableciendo los nexos entre un presente que va creando las bases de los hechos futuros, los personajes protagónicos también empiezan a perfilarse desde una etapa anterior a la de aquella en que asumen un papel de primer plano, para pasar luego progresivamente a un plano cada vez más secundario, hasta su muerte.

HISTORIA DE LOS MANUSCRITOS DE MELQUIADES

Corresponde al proceso que resulta como reflejo de la estructura señalada anteriormente. Es, pues, su punto de partida, la "realidad ficticia" del mundo narrativo, a la vez que este proceso resulta su ficción.

Este proceso tiene tres etapas de desarrollo.

Primera etapa: gestación y creación de la historia de la cola de cerdo. Su personaje protagónico es Melquíades. Coincide con la primera fase de la primera etapa de la estructura y queda totalmente finalizada al principio de la segunda fase de la primera etapa [b) expansión interna de Macondo], señalada con la muerte de Melquíades.

Segunda etapa: conservación de la historia de la cola de cerdo en los manuscritos y en el cuarto de Melquíades en espera de ser descifrados. Esta es una etapa relativamente pasiva y no se manifiesta ningún personaje que actúe directamente en él. Coincide con la segunda y tercera etapas de la estructura.

Tercera etapa: lectura completa de los manuscritos. El personaje protagónico es Aureliano Babilonia, el mismo personaje principal de la cuarta etapa, con la que coincide también esta etapa de este proceso.

Melquíades: el creador literario

Melquíades es uno de los gitanos de una tribu que llega a Macondo a mostrar las maravillas del mundo. Es él, el primer personaje que

actúa y empieza a configurarse en la novela. Antes, sólo se hace una alusión al coronel Aureliano Buendía y a su padre, pero se trata de una alusión, sin introducirlos aún en la acción misma. Aparece, entonces, Melquíades:

...un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión... que pregonaba con áspero acento... Las cosas tienen vida propia... todo es cuestión de despertarles el ánima¹.

Melquíades viene desde fuera de Macondo —como también llegaron desde fuera otros personajes: Rebeca o Fernanda del Carpio, por ejemplo. Pero a diferencia de éstos, Melquíades es el único que llega a mostrar las maravillas ocultas y que puede descubrir los secretos escondidos. Poco a poco, a través de sus visitas anuales, adquiere un prestigio en Macondo, que será el producto de su comportamiento y de sus acciones en la convivencia directa con sus habitantes. José Arcadio Buendía no cree, al principio, en la honradez de los gitanos hasta que Melquíades se lo demuestra directamente. Por eso, su prestigio de hombre sabio le permite aclarar la situación del propio José Arcadio Buendía, cuando ya era general el criterio que se había vuelto loco porque decía que la tierra era redonda.

Lo que de él se sabe en Macondo lo hace aparecer como un misterioso mago que ha vivido la suma de todos los tiempos y de todas las penurias de la humanidad, e incluso tiene la capacidad de volver de la muerte y muy oportunamente para restablecer el equilibrio cuando ya no sólo José Arcadio Buendía sino toda la población de Macondo se encuentra perdida en un mundo de desconexión y desarticulación, sumida en la enfermedad del insomnio.

Melquíades se había ido a la muerte y mientras tanto, Macondo contrae la enfermedad del insomnio. Nadie duerme ya durante varios meses. Empiezan por olvidar el nombre de las cosas y luego su propio pasado. Viven en una realidad que se les empieza a hacer escurridiza y en un intento por retenerla, empiezan a escribir claves por todas partes para memorizar los objetos y los sentimientos. Es así como los habitantes de Macondo, a raíz de la enfermedad del insomnio, quedan detenidos dentro de la realidad, de modo que el

¹Gabriel García Márquez, *Cien Años de Soledad* (CAS), Barcelona Sudamericana, 1969, p. 9.

pasado adquiere la misma dimensión y el mismo misterio que el futuro. Por eso, José Arcadio sueña llevar a efecto la construcción de la máquina de la memoria, en un gesto tan utópico como el que soñaron los enciclopedistas del siglo XVIII.

Derrotado por aquellas prácticas de consolación, José Arcadio Buendía decidió entonces construir la máquina de la memoria que una vez había deseado para acordarse de los maravillosos inventos de los gitanos. El artefacto se fundaba en la posibilidad de repasar todas las mañanas, y desde el principio hasta el fin, la totalidad de los conocimientos adquiridos en la vida. Lo imaginaba como un diccionario giratorio que un individuo situado en el eje pudiera operar mediante una manivela, de modo que en pocas horas pasaran frente a sus ojos las nociones más necesarias para vivir. Había logrado escribir cerca de catorce mil fichas, cuando apareció por el camino de la ciénaga un anciano estrafalario con una campanita triste de los durmientes, cargando una maleta ventruda amarrada con cuerdas y un carrito cubierto de trapos negros. Fue directamente a la casa de José Arcadio Buendía².

Este episodio de la enfermedad del insomnio es la imagen misma de la relación del creador con su mundo creativo. Es el acto lleno de magia que cumple Melquíades con ese *liquido de color apacible* que da a beber a José Arcadio Buendía, y que lo restituye a la realidad. Este episodio concentra en sí la densidad de la concepción del mundo narrativo como un todo de conexiones remitidas al pasado y convergendo hacia el futuro. Los personajes empiezan a perder el recuerdo hasta tal punto que cada uno de ellos se siente desconectado uno del otro y desconectado a su vez de todo lo que lo rodea, hasta provocar la propia desconexión de sí mismo.

Todo esto implica una concepción de la aprehensión de la realidad que va más allá de la función de la memoria individual. Una concepción de la aprehensión de la realidad como la suma de los recuerdos individuales conjuntamente con la suma de una conciencia colectiva de la función y de la relación de los individuos y de las cosas, y que les permite a su vez entrar en relación a los individuos entre sí y con el mundo exterior. La pérdida de estos nexos

²CAS, p. 48.

que se establecen entre el hombre con la realidad lo deja aislado, perdiendo todo dinamismo, que ni siquiera la palabra logra resguardar.

La enfermedad había roto los hilos de conexión de la gente de Macondo con la realidad. Es por eso que quedan, entonces, como meras formas estáticas, a punto de esfumarse, sumidas en la muerte. Con la eliminación de estas conexiones, se ha logrado así, por ausencia de ellas, ponerlas de manifiesto y definir de este modo lo que constituye la realidad subjetiva del hombre en su quehacer y en su relación con la realidad objetiva.

La epidemia de la enfermedad del insomnio tiene sus fronteras, las fronteras de Macondo, y afecta sólo a sus habitantes, es decir, al mundo cuyos límites son los límites plasmados en *Cien Años de Soledad*.

Esta epidemia permite poner en evidencia, así, la reducción de los personajes a meras formas abstractas y pone en juego el papel mismo del creador literario. De modo que "las infinitas posibilidades del olvido", que estudia José Arcadio Buendía —que son las manifestaciones de la enfermedad del insomnio—, son las infinitas posibilidades creadoras del creador literario, que dentro de este mundo tiene el papel —o la magia— de provocar las conexiones y de introducir la dinámica de las relaciones de la realidad para dar vida a la forma de sus personajes.

Por eso, Melquíades, el mago, vuelve a Macondo y es él quien restituye la normalidad. Es éste un momento clave: Melquíades regresa en el momento preciso en el que Macondo está a punto de desvanecerse, pero no como ocurre al final de la novela, sino a punto de desvanecerse sin historia, sin pasado, disuelto en la nada.

La enfermedad del insomnio, desde el punto de vista cronológico, constituye también otro momento clave: es el momento inicial en el que el creador ha decidido quedarse a residir en el mundo de su ficción para darle vida. En una primera etapa de este proceso creador, está la delimitación de la porción de la realidad que servirá de base a la creación artística (Melquíades decide quedarse en Macondo). Esta elección implica la obtención de formas aisladas, aun en estado de nebulosa, desprovistas de vida y de todo contexto (la enfermedad del insomnio). Es ahora cuando el creador fija las formas (Melquíades con sus placas de daguerrotipia) y una vez

fijadas, empieza la creación de la vida que estas formas harán posible (Melquíades prevé el futuro), en una relación de hechos que se proyecta hacia el devenir pero que establece sus causas en un pasado que también se deja en evidencia. De allí, entonces, el epígrafe de los manuscritos de Melquíades: "El primero de la estirpe está amarrado en un árbol y el último se lo están comiendo las hormigas".

Una vez terminada la plasmación de estas formas en su conexión y relación vital (Melquíades termina de escribir sus manuscritos) el creador literario ha terminado su función. Nada más le queda por hacer. El mundo de Macondo ha logrado ya vida propia, las formas han dejado de ser meras formas y deben cumplir un destino fijado. Es éste, entonces, el momento en que Melquíades muere, exclamando antes: "He ganado la inmortalidad", como la exclamación final y satisfecha de un trabajo bien logrado. Es por esto que es Melquíades el primero en morir y es él quien inaugura el cementerio de Macondo, donde su nombre queda igual como queda el nombre del creador impreso en las tapas de su obra:

Lo sepultaron en una tumba erigida en el centro del terreno que destinaron para el cementerio, con una lápida donde quedó lo único que se supo de él: MELQUIADES³.

Melquíades, el gitano, es distinto a los otros gitanos y distinto a los personajes de Macondo. No es él quien decapita ni quien hace poner cien huevos a una gallina. El conoce "el otro lado de las cosas", conoce incluso la muerte. Prevé el destino, pero no como Pilar Ternera, enredada en sus cartas, sino que prevé la vida por su experiencia y su conocimiento de ella en un acto de suprema y soberana imaginación. Es por eso que Melquíades puede escribir sus manuscritos y los escribe en sánscrito, en la lengua de origen.

Melquíades había estado en la muerte, pero había regresado porque no pudo soportar la soledad. Es, entonces, la necesidad de romper la soledad la que lo impulsa a salir de la muerte y escribir sus manuscritos. Y son estos manuscritos los que van a establecer la comunicación que él buscaba. Sin embargo, Melquíades no muere definitivamente hasta que logra que se establezca la comunicación.

³CAS, p. 69.

Tendrá que esperar *cien años de soledad* en su tumba de Macondo hasta que sus manuscritos puedan ser descifrados en su totalidad. Son los cien años de soledad de los manuscritos, en espera de ser leídos, y cuyo proceso para lograr ser descifrados no podrá darse por terminado mientras que lo que allí se narra como premonición, por el acto de imaginación del creador, no haya sido vivido en los propios personajes, en la propia vida del lector. Los manuscritos sólo podrán ser descifrados cuando se haya vivido la totalidad de la historia allí narrada. Así, los cien años de soledad de Melquíades —de espera en su tumba— habrán terminado y sólo así podrá descansar: una vez establecida la comunicación.

El lector

Esta comunicación total, que sólo se logra al final de la lectura de los manuscritos, es todo un proceso de aproximación paulatina entre el creador y el lector, entre Melquíades hasta llegar al último de los Aurelianos. Una aproximación que se inicia ya con los antepasados de este lector-personaje Aureliano Babilonia, y que corresponde al proceso del lector mismo en su integración progresiva en la historia que se narra.

Melquíades hace un primer intento de comunicación con Arcadio. Es la primera intuición, el primer intento que sólo logra comprender con claridad el lector definitivo, al llegar al final de la novela. El mismo Melquíades lee a Arcadio varias páginas de su manuscrito, que éste recordaría luego frente al pelotón de fusilamiento. Pero sólo al final, cuando el lector ha podido conocer la totalidad de la historia, entonces se entera que lo que Melquíades había leído a Arcadio “eran en realidad las predicciones de su ejecución”.

Más adelante, los dos hijos de Arcadio —Aureliano Segundo y José Arcadio Segundo— fijan su curiosidad e interés en los manuscritos. Primero Aureliano Segundo, quien encuentra también la presencia física de Melquíades en el cuarto y le habla del mundo, “tratando de infundirle su vieja sabiduría”. Mantienen este contacto durante varios años, pero se niega a darle a conocer el sentido de los manuscritos “mientras no hayan cumplido cien años”.

Melquíades vuelve a reaparecer ante el gemelo José Arcadio Se-

gundo, el que llega al cuarto de Melquíades después de salvarse de la masacre de los obreros de la compañía bananera. Se encierra definitivamente allí y desde entonces su única actividad consiste en tratar de descifrar los manuscritos. En el intertanto, ha nacido y crecido el último de los Aurelianos, el hijo de Meme y Mauricio Babilonia, quien primero recibe todo el conocimiento que José Arcadio Buendía le aporta, y luego continúa por sí solo la tarea de descifrar los manuscritos, pero siempre bajo la presencia vigilante de Melquíades.

Los tropiezos del tiempo

Melquíades es el gran amigo de José Arcadio Buendía. Estos dos personajes están unidos por lazos que van más allá del afecto: están hechos de la misma materia, de esa materia que hace semejantes a los descubridores científicos con los creadores artísticos. Los dos pueden ver "el otro lado de las cosas".

En un momento de su vida, José Arcadio Buendía conecta un reloj —es decir, el mecanismo que nos da la noción del tiempo— a una muñeca que baila durante tres días sin detenerse. Así obtiene la evidencia del tiempo fundido al movimiento. Por contraste, el mundo que lo rodea penetra en su conciencia como algo estático, porque no puede obtener la evidencia de su movimiento o de su proceso. La conciencia de esta duplicidad para captar la realidad: como un todo fijo y estático, y a la vez como un proceso en constante movimiento, es la que provoca la locura de José Arcadio Buendía. Es entonces cuando recupera el recuerdo de Prudencio Aguilar. Si para la mente afebrada de José Arcadio Buendía es Prudencio Aguilar el que viene en su busca, es precisamente José Arcadio Buendía el que recurre a su más viejo recuerdo, a su más viejo remordimiento para no perderse en la evidencia de la irrealidad que la realidad le está mostrando. Sucede aquí el mismo mecanismo defensivo que casi al final de la novela se narra que le ocurre a Pilar Ternera:

Años antes, cuando cumplió los ciento cuarenta y cinco, había renunciado a la perniciosa costumbre de llevar las cuentas de su edad, y continuaba viviendo en el *tiempo estático y marginal de los recuerdos, en un futuro perfectamente revelado y estable-*

cido, más allá de los futuros perturbados por las acechanzas y las suposiciones insidiosas de las barajas. (El subrayado es mío) ⁴.

De este modo, lo que José Arcadio Buendía entiende como las razones del regreso de Prudencio Aguilar no son más que sus propias razones o su propia necesidad de aferrarse a la realidad a través del recuerdo, en este caso, del recuerdo de Prudencio Aguilar. José Arcadio Buendía piensa en esos momentos en "otra muerte que existía dentro de la muerte", en el mismo sentido que si dijera "otra vida que existía dentro de la vida", como una evidencia de una realidad más esencial dentro de la realidad misma, y en ningún caso como una intuición mística ya que la existencia de Dios es lo primero que José Arcadio Buendía descarta. Se trata pues, de otra evidencia: de fenómenos, fuerzas, movimientos, que José Arcadio Buendía no alcanza a integrar en sí mismo como un todo organizado. Entonces, mientras esta intuición lo lleva al caos, busca algo a qué aferrarse y recurre así al recuerdo, más manejable que la realidad que intuye más allá de las meras apariencias. Es por eso que, a partir de la muñeca que baila tres días conectada a un reloj, José Arcadio Buendía busca luego "la manera de aplicar los principios del péndulo... a todo lo que fuera útil puesto en movimiento", y por supuesto, fracasa.

Esta multiplicidad de intuiciones que son el producto de una lógica implacable, se manifiesta en José Arcadio Buendía sólo como una intuición especulativa que él no podrá probar jamás a los otros. Pero es de tal evidencia para él mismo, que se convierte en impotencia y en una ira desahogada que lo lleva al delirio, a la desesperación total que provoca finalmente que lo amarren al castaño, y que quede allí, hablando en latín —el otro idioma de origen— más lúcido que nunca de su propia impotencia.

José Arcadio Buendía es el único que tiene esta intuición de las múltiples posibilidades del tiempo: como un movimiento continuo y como su detención, su estatismo, que luego se pone en evidencia en el cuarto de Melquíades, cuarto que permanece inmutable, estático, apresando el tiempo entre sus paredes. Este es el cuarto donde se guardan los manuscritos de Melquíades, donde se guarda por ende, la creación literaria. Es por esto, entonces, que allí, en ese

⁴CAS, p. 333.

recinto, el tiempo ha quedado apresado, un tiempo que sólo se abre a la lectura de los manuscritos y que se esfumará una vez terminado su tiempo de lectura. Es por esto, también, que cuando José Arcadio Segundo y Aureliano Babilonia permanecen en este cuarto, entregados al estudio de los manuscritos, descubren allí la verdad de ese tiempo apresado por Melquíades y comprenden la verdadera lucidez de José Arcadio Buendía.

En el cuarto apartado, adonde nunca llegó el viento árido, ni el polvo ni el calor, ambos recordaban la visión atávica de un anciano con sombrero de alas de cuervo que hablaba del mundo a espaldas de la ventana, muchos años antes de que ellos nacieran. Ambos descubrieron al mismo tiempo que allí siempre era marzo y siempre lunes, y entonces comprendieron que José Arcadio Buendía no estaba loco como contaba la familia, sino que era el único que había dispuesto de bastante lucidez para vislumbrar la verdad de que también el tiempo sufría tropiezos y accidentes, y podía por tanto astillarse y dejar en un cuarto una tracción eternizada⁵.

José Arcadio Buendía había vislumbrado el tiempo de la creación literaria, de esa posibilidad de dejar en ella "una fracción eternizada" del tiempo. José Arcadio Buendía es el primer personaje de Macondo que queda apresado en el tiempo narrativo; por eso es él quien sostiene que siempre es lunes y siempre marzo, el mes en que acostumbraba llegar Melquíades a Macondo. José Arcadio Buendía vive al mismo tiempo su doble destino: el de personaje de la familia Buendía y el de personaje de la ficción de Melquíades que queda capturado en los manuscritos. Aunque ambos personajes sean el mismo y aunque José Arcadio Buendía deba protagonizar los mismos hechos en uno y otro nivel de la ficción, siente en sí el desajuste de un tiempo no coincidente, un tiempo que es distinto al que está acostumbrado a experimentar —el tiempo de los manuscritos— un tiempo que sufre accidentes y que él experimenta en sí mismo como una vivencia. José Arcadio Segundo y Aureliano Babilonia son los únicos que descubren la lucidez de José Arcadio Buendía cuando ellos experimentan la misma vivencia en

⁵CAS, p. 296.

su proceso de compenetración de los manuscritos en el cuarto de Melquíades.

El tiempo de lectura

El cuarto de Melquíades es el cuarto de la "fracción de tiempo eternizada" y, sin embargo, para otros es el cuarto de las bacinillas. No todos ven el cuarto del mismo modo ni le confieren el mismo valor. Incluso Ursula lo ve primero como el cuarto limpio y protegido de la destrucción, pero más tarde, como un antro de pestilencias. Sin embargo, para aquellos que permanecen allí intentando descifrar los manuscritos, será siempre el cuarto de la fracción de tiempo eternizada. El cuarto de Melquíades es, pues, una doble evidencia: para el lector, este cuarto permanece fuera del tiempo; es el reino donde se realiza el proceso de comunicación entre el creador y el lector a través de los manuscritos; es allí adonde llega a descifrarlos el lector y es por eso que sólo él ve el cuarto siempre limpio bajo el recuerdo atávico de Melquíades.

El cuarto de Melquíades envuelve las múltiples evidencias de "lo real" en la creación literaria y las múltiples evidencias del tiempo en la conciencia del lector, la multiplicidad de realidades y nociones temporales que se van a mezclar en una sola conciencia en el proceso de la lectura. Esta multiplicidad de realidades y nociones temporales está magistralmente cogida en un instante de la narración, cuando cada uno de los personajes presentes ve y reacciona de diferente modo, de acuerdo a sus propias perspectivas, cuando se encuentran en el interior del cuarto de Melquíades. Estos personajes son José Arcadio Segundo, Aureliano Segundo, Santa Sofía de la Piedad y un grupo de soldados al mando de un oficial. José Arcadio Segundo en ese momento es una presencia dual: es miembro físicamente visible para la familia Buendía. Pero, a la vez, al encarnar la presencia invisible del lector, es también invisible para el oficial y sus soldados, ya que éstos encarnan el peligro de muerte para quien ha de realizar —a partir de entonces— la penúltima etapa del proceso de descifrar los manuscritos. Es ésta la misma ambivalencia de Melquíades luego de su muerte, cuando, por ejemplo, en un mismo instante y en el mismo lugar es visible para Aureliano Segundo y no lo es para Ursula.

Aureliano Segundo comprende en ese instante que el oficial ve el cuarto bajo los estragos del tiempo, lleno de polvo y maloliente, y en medio de esto, desaparece para él y sus soldados la presencia de José Arcadio Segundo.

Se establecen, pues, tres categorías de percepciones del cuarto de Melquíades. Una, que corresponde a la de aquellos personajes que ven el cuarto destruido por el tiempo, como un cuarto más dentro de la casa de los Buendía. Otra, la de los que ven este cuarto a salvo de los estragos del tiempo, un cuarto que permanece inmutable e incluso más limpio y diáfano que antes de su clausura a la muerte de Melquíades. Y finalmente otra, la de los que no sólo ven este cuarto desprendido del tiempo real de su existencia individual, sino que tiene el privilegio de aproximarse a Melquíades, a su presencia y a sus conocimientos. Estos últimos son aquellos que intentan descifrar los manuscritos.

Aureliano Babilonia, lector acumulativo

Aureliano Babilonia es quien cumple la última etapa del proceso de descifrar los manuscritos. Este personaje cumple, al final de la novela un doble destino: el de un personaje miembro de la familia Buendía y el de lector definitivo de los manuscritos José Arcadio Segundo lo hace su discípulo y partícipe de su conocimiento de la vida de Macondo y de su intervención personal en los hechos. De modo que cuando muere, Aureliano había aprendido todo lo que aquél sabía de la vida de Macondo, lo que Melquíades le había enseñado en sus visitas al cuarto y también los adelantos que había hecho en su tarea de descifrar los manuscritos. A partir de allí, Aureliano sigue solo en esta tarea.

En este momento de la narración, se acentúa la evidencia de la dualidad del proceso de descifrar los manuscritos, como una tarea en evolución progresiva, pero que, sin embargo, en la misma medida en que va alcanzando su objetivo va provocando su propia destrucción en cuanto proceso. "Melquíades revela a Aureliano que sus oportunidades de volver al cuarto estaban contadas". La destrucción de Macondo avanza, penetra a la casa de los Buendía, hasta que llega a travesar las paredes invulnerables del cuarto de Melquíades. Y finalmente, cuando se logra el objetivo en toda su dimensión, cuando Aureliano obtiene la revelación definitiva de los

manuscritos, y el lector, la revelación completa del mundo narrativo, todo se esfuma, todo desaparece “pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o de los espejismos) sería arrasada por el viento”.

El proceso de aprendizaje del sánscrito es lento y Aureliano debe pasar un largo tiempo para lograr su comprensión total. Los acontecimientos se siguen desarrollando mientras Aureliano continúa absorbido por los pergaminos. Santa Sofía de la Piedad se marcha, Fernanda muere y él queda solo en la casa durante cuatro meses hasta que retorna José Arcadio, el candidato a Papa, y transforma la casa en un torbellino de niños que recolecta en el pueblo y que un día pretenden destruir los manuscritos de Melquíades. Y aquí, tal como sucediera antes con José Arcadio Segundo que adquiere la facultad de ser invisible cuando los soldados y el oficial ponen en peligro su vida —y por lo tanto la continuidad de la tarea de descifrar los manuscritos— ahora, interviene una fuerza angélica que impide que los niños destruyan los pergaminos.

Sin embargo, Aureliano, cuya vida fue hasta entonces una exclusiva dedicación a su trabajo de lector, empieza poco a poco a repartir su tiempo hasta que llega Amaranta Ursula a sacarlo de allí y acompañarlo a cumplir en su propias vidas, los hechos de ese otro nivel de la “realidad” que los está esperando fuera del cuarto de Melquíades.

Aureliano sale así al encuentro de Amaranta Ursula para protagonizar con ella el último eslabón de la historia de los Buendía, que le permitirá luego obtener la clave definitiva que encierran los pergaminos. Sólo entonces podrá comprender su sentido y podrá obtener la evidencia total que envuelve el epígrafe de los manuscritos de Melquíades: “El primero de la especie está amarrado en un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas”.

La presencia de un creador literario y de un lector dentro del mundo narrativo de *Cien Años de Soledad* permite, de este modo, poner en evidencia ciertas características específicas y fundamentales inherentes a la función del creador y del lector, que pasamos a especificar a continuación.

Características y perspectivas del creador literario

El narrador de *Cien Años de Soledad* cuenta que Melquíades —a tra-

vés de su capacidad de pre-visión— ha dejado escrito en sus manuscritos la historia de la familia Buendía, que es él quien habla de “los laberintos más intrincados de la sangre” y es su interpretación la que carga de un determinismo biológico dicha historia, pues es así como la interpreta finalmente Aureliano Babilonia, al final de la novela.

Melquíades ha previsto así el destino de la familia Buendía y su predicción va más allá de la adivinación de los hechos. Ha descubierto una lógica interna que le ha permitido establecer los nexos entre estos hechos y concebirlos integrados a una sola línea de desarrollo de un mismo proceso.

Ningún otro personaje de la historia de la familia Buendía podía tener una visión de conjunto como la que logra Melquíades, ya que la suya trasciende más acá y más allá de los límites de sus propias vidas. Ni tampoco podían llegar a seguir el proceso de la historia de su familia como una sola línea del acontecer, como lo hace Melquíades, ya que ello implica una visión de conjunto y a la vez selectiva de los hechos que Melquíades consigue gracias a que es viejo, sabio, ama la vida y la ha padecido hasta sus últimas consecuencias, porque “conoce el otro lado de las cosas” y porque no ha podido soportar la soledad de la muerte. Pero, además, porque es mago. Con esto, García Márquez deposita en Melquíades las condiciones esenciales que debe poseer el creador literario para realizar el acto de creación.

Para lograr esta visión de conjunto y selectiva a la vez —visión que implica una observación de la totalidad de los hechos que integran un acontecimiento— se hace necesario que Melquíades adopte una perspectiva histórica, de modo que todo el acontecimiento quede al descubierto, como si estuviera en el pasado con respecto a su propio presente personal, es decir, con respecto al presente del proceso de la creación literaria. Sólo así el momento final del acontecimiento resulta la culminación lógica que se desprende de todo un proceso anterior, y sólo así deja de manifiesto los nexos internos de los hechos que lo integran.

Tal perspectiva es distinta a la de quienes son protagonistas, durante el desarrollo del acontecimiento. Melquíades, por su calidad de creador literario debe adoptarla. De allí su condición paradójica, dialéctica y específica: es un historiador de un acontecimiento que

narra como ya sucedido, a pesar de que debe pre-verlo, es decir imaginarlo.

Melquíades llega a Macondo y conoce a la familia Buendía, es decir, conoce en primer término una etapa de la "realidad" de la historia, y no sólo la conoce, sino que la vive y se incorpora a ella. A partir de ese presente, Melquíades establece los nexos con el pasado —en un acto de imaginación o adivinación—, delimita su origen y luego puede prever los hechos del porvenir a partir del descubrimiento de las leyes internas del acontecer. Es este descubrimiento lo que le permite ordenar la historia en su totalidad y el destino total de la familia Buendía orientado hacia un fin: engendrar el animal mitológico que había de poner término a la estirpe. Melquíades no es, pues, un historiador, sino un mago (o un creador literario) y por eso puede pre-ver parte de la historia y concebirla como una totalidad. Al transcribirla en sus manuscritos, selecciona los hechos del acontecer conforme a una ley intrínseca no evidente en su manifestación cotidiana, y para ello debe adoptar una perspectiva histórica, aunque lo que está realizando es una previsión o premonición de una parte del acontecer. De este modo, quedan establecidos los nexos entre el creador literario y la realidad y la actitud y la perspectiva que debe asumir este creador con respecto a su mundo narrativo. El es un historiador-mago, un mago con poderes limitados y un historiador con poderes de visionario.

Aureliano Babilonia es el único personaje de *Cien Años de Soledad* que logra obtener una perspectiva histórica de su propia vida, pero sólo cuando ya ha cumplido la parte que le corresponde en los hechos mismos del proceso y que son, justamente, los hechos de su etapa final. A pesar de ello, la perspectiva histórica que le permite comprender su propia vida no la consigue por sí solo, ni por la magnitud de la tragedia que le toca protagonizar, ni porque esta tragedia es la etapa final del proceso. La comprensión de todo esto la obtiene de los manuscritos de Melquíades y son estos manuscritos los que le permiten establecer una relación entre su vida y todos los hechos anteriores que la han determinado. La comprensión que obtiene Aureliano Babilonia no es, pues, la comprensión que le corresponde a él como personaje integrante de la historia de la familia Buendía, sino la que consigue gracias a su calidad de lector y sólo cuando ha completado la lectura de los manuscritos.

Aureliano Babilonia —el lector— no pre-vé los acontecimientos sino que los conoce a través de los manuscritos. Pero, al asumir su función de lector, desde el primer momento debe adoptar una perspectiva histórica aunque nada conoce del acontecer. Y a medida que avanza en su proceso de conocimiento de los manuscritos, va consiguiendo una visión de conjunto a partir de los nexos y de la perspectiva histórica que le ha marcado el creador. Y cuando llega al final de su proceso de lectura, logra una misma e idéntica visión a la que Melquíades prevé antes de que la historia se desarrolle en su totalidad.

De este modo, Aureliano Babilonia obtiene una revelación de su propia vida, es decir, de su vida individual y de la tragedia que acaba de ocurrirle y esta revelación le permite ahora comprender su vida integrada a un proceso que trasciende mucho más allá de los límites de su propia existencia. Su existencia aparece entonces como un episodio dentro de un proceso que se iniciara posiblemente cuatro siglos antes de su nacimiento. Es ésta una revelación que le explica su vida, como explica también la vida y la existencia de todos los otros personajes que han intervenido en su desarrollo.

Es en este punto cuando Aureliano Babilonia adopta definitivamente su función de lector de los manuscritos de Melquíades y no antes. Es su actitud de posesionarse de la revelación que los manuscritos le proporcionan, la que manifiesta el traspaso de Aureliano Babilonia a lector. Hasta entonces, era Aureliano, el personaje de la historia de la familia Buendía. Es por eso que el narrador de *Cien Años de Soledad* dice que:

Aureliano no pudo moverse. No porque lo hubiera paralizado el estupor, sino porque en aquel instante prodigioso se le revelaron las claves definitivas de Melquíades y vio el epígrafe de los pergaminos perfectamente ordenado en el tiempo y en el espacio de los hombres. *El primero de la estirpe está amarrado en un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas*⁶.

Esta revelación que obtiene Aureliano Babilonia es, en su síntesis más esencial, el fenómeno que le ocurre a cualquier lector de una buena novela. De algún modo, se establece una comunicación del creador literario a través de la ficción que éste deja plasmada en su

⁶CAS, p. 349.

obra, con el lector. En esencia, el creador le entrega a éste una revelación de la realidad que está en la base de la creación y de la obra literaria. Esta revelación de la realidad es la que, básicamente, impregna la ficción, da forma a su estructura y da unidad al mundo creativo al poner en evidencia una lógica interna del acontecimiento que proviene de la síntesis esencial de la realidad que maneja el escritor.

Aureliano no encuentra la revelación de su proceso de lector en los manuscritos de Melquíades, sino la revelación de su propia vida de acuerdo a la interpretación que le ha dado Melquíades, y que es distinta a la que le confiere el narrador de *Cien Años de Soledad*. Es el lector de *Cien Años de Soledad* el que obtiene la revelación del proceso de lector de Aureliano Babilonia, junto a otras revelaciones que se desprenden de la historia de Macondo y de la familia Buendía, de acuerdo a la visión que entrega el narrador incerto dentro del mundo narrativo de la novela.

Por eso, entonces, mientras el lector de *Cien Años de Soledad* encuentra en las últimas páginas de la novela la transcripción de la revelación que obtiene Aureliano Babilonia cuando ha terminado de leer los manuscritos de Melquíades, tiende a confundirse con Aureliano Babilonia, ya que, en esencia, su propio proceso de lector es idéntico al de Aureliano, aunque el contenido mismo de la revelación sea distinto para el lector de los manuscritos que para el lector de *Cien Años de Soledad*.

La creación literaria como motivo literario

Aparece evidente, entonces, que tanto la creación literaria, como la obra misma y el proceso de su recreación por el lector están incluidos como un motivo dentro del mundo narrativo de *Cien Años de Soledad*, integrando junto a otros, un mundo mucho más amplio, más complejo y más problemático. El motivo de la creación literaria aparece como una suma de funciones y no como un hecho estático, exclusivo y determinado en sí mismo. Y porque es concebido como función, está plasmado como un proceso que evoluciona y que establece relaciones con el resto de los hechos y procesos que completan la totalidad de ese mundo narrativo. La ficción ocupa, entonces, un lugar dentro de la "realidad ficticia", la integra y forma parte de

ella, sin que pretenda reemplazarla, produciéndose una interrelación vital entre realidad y ficción, y no antagonismos, en la que ficción se integra armónicamente a la realidad del creador y a la del lector. La ficción misma se afirma como un proceso que tiene su raíz en la realidad, pero que es distinta a ella, y es por ello que el lector encuentra allí resortes que ponen en contacto su propia realidad con dicha ficción, como le ocurre a Aureliano Babilonia con los manuscritos de Melquíades.

Cuando Aureliano se encuentra de pronto ante la visión horrible de su hijo que ha muerto, no a raíz de haber nacido con la cola de cerdo sino porque ha sido devorado por las hormigas, en ese momento señala la narración que:

Aureliano no pudo moverse. No porque lo hubiera paralizado el estupor, sino porque en aquel instante prodigioso se le revelaron las claves definitivas de Melquíades, y vio el epígrafe de los pergaminos perfectamente ordenado en el tiempo y en el espacio...⁷.

Como ya observamos anteriormente, a partir de este momento, Aureliano olvida toda su tragedia personal y se concentra exclusivamente a cumplir la etapa final de su función de lector, en la que logra descifrar en toda su magnitud los misteriosos manuscritos. Es en ese momento, precisamente, cuando este personaje deja entonces su función de personaje de la historia de la familia Buendía para retomar la de lector y, en la medida en que se aproxima al final de su tarea, su función también está llegando a su fin. Sólo entonces obtiene la revelación total del mundo descrito en los manuscritos.

Sólo en esta perspectiva, entonces, puede llegar a comprenderse el ciclón que hace desaparecer el mundo de Macondo⁸. Resulta evidente que quienes han integrado este viento ciclónico al proceso de la historia de Macondo o a la historia de la familia Buendía —que en su esencia es la historia de América Latina y de su problemática continental— se vean obligados a señalar que este final constituye una visión fatalista y sin salida posible de su destino, o deban recu-

⁷CAS, p. 349.

⁸Cfr. Mario Vargas Llosa, *García Márquez: Historia de un Deicidio*. Barcelona, Monte Avila, 1971.

rrir a interpretaciones a veces bastante sui generis y alejadas de la dialéctica misma puesta en juego en la estructuración de la novela⁹.

Si bien es cierto que su conformación y su proceso de desarrollo conciben como fatal continuar en medio de las condiciones que provocan la decadencia de Macondo adoptando una aceptación pasiva de este destino —hacia allí apunta, justamente, la cola de cerdo y las hormigas que devoran al último de los Buendía—, el fuerte viento que hace desaparecer el mundo de Macondo señala la etapa final de ese otro proceso que se ha venido desarrollando conjuntamente: el proceso de la creación literaria y de su re-creación por el lector. Este ciclón, en un acto de concreción imaginativo, constituye la plasmación de la etapa final a la que está sometida toda ficción que deja de ser una realidad para la percepción del lector y se esfuma, justamente, al llegar a su momento de revelación final, cuando todo se aclara pero también cuando todo se termina, usando quizá una de las fórmulas más tradicionales de finalizar los cuentos infantiles: y se acabó el cuento y se lo llevó el viento y pasó por un zapatito roto y mañana te cuento otro...

En esta etapa final, desaparece la ficción y desaparece con ella el mundo narrativo y también, el propio lector, en cuanto a que, como tal, deja de cumplir tal función. Y de ese mismo modo, cuando se ha cumplido plenamente el proceso de comunicación, este proceso ha terminado, sus funciones se han cumplido y sólo podrán volver a aparecer cuando se inicie otro proceso de comunicación que permita recuperar el recuerdo y la presencia de Melquíades que cuidará sigilosamente la supervivencia de sus manuscritos y la continuidad de su proceso de revelación.

LA COLA DE CERDO DE AMÉRICA LATINA

El mundo narrativo de *Cien Años de Soledad* y su compleja estructura reflejan la síntesis de la historia de América latina a partir de su liberación del dominio europeo, en el siglo pasado, hasta aproximadamente la mitad del siglo xx. El narrador inicia su mundo narrativo con la fundación de Macondo, como es posible pensar que

⁹Cfr., Carmen Arnau, *El Mundo Mítico de Gabriel García Márquez*. Barcelona, Península, 1971; y Ricardo Gullón, *García Márquez o el arte de contar*. Madrid, Taurus, 1970.

es eso lo que realmente sucedió con cada una de las naciones de América, que inician su vida —por así llamarla— “independiente” a partir de su liberación colonial. Se trata aquí, en forma especial, de ese sector nuevo de la población que surge como producto de ese coloniaje y de esa presencia india, tal como queda señalado en la narración: que los antepasados de José Arcadio Buendía y Ursula Iguarán son una mezcla de español y de indio, y que ellos son el producto criollo, prontos a iniciar una vida nueva en una ciudad recién fundada, donde reina la igualdad y la armonía dentro de una estructura comunitaria primitiva. No es del caso volver a repetir la sucesión de los hechos que rompen la armonía de dicha comunidad, pero tal sucesión no hace más que malograr la vida comunitaria hasta conducirla a su desintegración.

Los personajes son también síntesis de “lo latinoamericano”, en cuanto ellos dan forma a los personajes-tipo más representativos de la historia latinoamericana, y a la vez, expresan la esencia de un espíritu continental que más que síntesis es la expresión de la posibilidad latente que el continente latinoamericano está ofreciendo a su gente, y que por las desgraciadas circunstancias en que se ha desarrollado su proceso histórico, se encontraba estancado, ahogado, sin posibilidad de expresión.

Personajes-tipo son pues, Ursula Iguarán, la mujer siempre centro del hogar, luchando contra todo por mantener la supervivencia de su núcleo familiar, y que por esa misma lucha permanente que debe mantener contra fuerzas externas que no comprende, y contra los estallidos de rebeldía de sus mismos familiares, que tampoco logra entender, se va convirtiendo poco a poco en una entidad conservadora, sin saber que su actitud está favoreciendo a las fuerzas que están actuando en su contra y en contra de los miembros de su descendencia.

El coronel Aureliano Buendía, el jefe rebelde, sin formación política, que se pone a la cabeza de su gente para luchar contra la injusticia, sin saber que su ingenuo impulso sólo podía llevarlo al fracaso. Manipulado por políticos deshonestos, finalmente cae en el caudillismo puro hasta quedar definitivamente derrotado.

José Arcadio, su hermano, el que sin interés alguno por lo que sucede en el interior del pueblo, se las arregla para sacar partido

del caos que se produce durante la guerra civil, acumulando tierras y robando cuanto puede a su alrededor.

Aureliano Segundo, el parrandero por excelencia. Indiferente, despreocupado pero "buena persona", como decimos en Chile. El latinoamericano que "bota la casa por la ventana" porque la vida es corta y se ha hecho para vivirla. Y su hermano José Arcadio Segundo, que se lanza a la lucha sindical sin preparación política para comprender la magnitud de la fuerza del enemigo con quien se enfrenta. Esta lucha, igual a la que encabezara el coronel Aureliano Buendía, termina también en el fracaso, y la rebelión, en la matanza total de los obreros.

Tanto estos personajes-tipo como el resto de los personajes de la novela —todos ellos también personajes-tipo— tienen de común dos características fundamentales: su ingenuidad y su frustración. Todos ellos son personajes ingenuos, en un mundo ingenuo. Y sus aspiraciones terminan todas en un fracaso que los lleva a la frustración. De allí, pues, su soledad.

Por una parte, encontramos que en el mundo creado en *Cien Años de Soledad* hay puntos de contactos con aquel mito renacentista que aún persiste en el criterio de muchos, de que América Latina es un continente aún no contaminado por los males de la sociedad capitalista desarrollada; sin embargo, la conformación del mundo de Macondo refleja, por otra parte, toda la terrible y desolada frustración que significa este estado de subdesarrollo y de ingenuidad primitiva.

De allí surge la conformación de los otros personajes que expresan la esencia del espíritu continental. José Arcadio Buendía, el fundador, el que concentra en sí la potencia creadora, la necesidad de saber e investigar, la potencialidad del quehacer continental, que queda encadenado, bajo el castaño, pero siempre allí, esperando su liberación. Cual un Prometeo Encadenado en América latina, cuyas cadenas están pesando en todo el continente y en cada uno de sus habitantes.

Es por esto también que en la hora de la muerte el coronel Aureliano Buendía queda, como buscando un refugio, de pie, orinando, junto al castaño: "Metió la cabeza entre los hombros, como un pollito, y se quedó inmóvil con la frente apoyada en el tronco del castaño".

Y Remedios, la bella, que no podía ser de este mundo, donde su belleza no tenía sentido, donde su sexualidad despertaba la muerte, donde su ingenuidad no tiene fronteras; Remedios, la bella, la síntesis de la belleza de ese Macondo de la soledad y de la frustración, que no puede quedarse allí, porque no pertenece a su tiempo. Se ha quedado volando en el cielo, en cuerpo y alma, quizá esperando poder volver a descender.

Se explica con esto, también el epígrafe de Melquíades: "El primero de la estirpe está amarrado a un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas". Esta es la síntesis total, completa, de la historia. Este epígrafe es una visión de América latina en la que, mientras su poder creador y toda su vitalidad y toda su energía permanecen encadenados, aquellos que llegan al final, se los están comiendo las hormigas. No hay pues, alternativa posible. Y en esto, García Márquez no tiene contemplaciones. El proceso tuvo su evolución. Sus resultados son conocidos. Seguir allí mismo, dejar al Prometeo latinoamericano encadenado, es dejarse devorar por las hormigas, es andar con la cola de cerco auestas, es dejarse arrastrar por el remolino y no tener derecho a la existencia. Ya lo ha dicho antes Mario Vargas Llosa: "Como cualquiera de los Buendía, los hombres nacen en América, hoy día, condenados a vivir en soledad, y a engendrar hijos con cola de cerdo, es decir, monstruos de vida inhumana e irrisoria, que morirán sin realizarse plenamente, cumpliendo un destino que no ha sido elegido por ellos"¹⁰.

Es así como también llegamos a la revelación final de *Cien Años de Soledad*. Es por ello que el lector latinoamericano se siente tan profundamente integrado al último de los Aurelianos en el momento en que éste obtiene la revelación definitiva de los manuscritos de Melquíades. Quiéralo o no, se sienta o no capaz de aceptarlo, García Márquez lo está apuntando a él, le está señalando su muerte, le está marcando su soledad, su profunda desolación, en un mundo poblado de hormigas, donde sólo podrá engendrar hijos con cola de cerdo.

Departamento de Español
Universidad de Chile

¹⁰M. Vargas Llosa, "Cien Años de Soledad: El Amadís en América". *Amaru*, Lima, 3 (julio-septiembre, 1967).